

general de que el interés común es la mejor garantía de las cosas públicas.

Y también, ¿por qué no?, hay en este libro algún esbozo de gran literatura: “Los tibios rayos de la luna penetraban horizontalmente por las altas ventanas ogivales, quebrándose en las rejas de alambres y proyectando sobre el inmenso órgano y los arcos, relieves y concavidades de las naves un juego magnífico de sombras irregulares y cintas de luz pálida y suave”.

¿Su conclusión general?: “La inmensa mayoría de los Hispano-Colombianos no conoce, por falta de contacto íntimo con Europa, los rudimentos o las verdaderas condiciones del juego general de la política, las letras, la industria, el comercio y todos los grandes intereses vinculados en Europa. De ahí provienen graves errores de apreciación, de imitación o de indiferencia, que se revelan en la política, la literatura, la legislación y las manifestaciones económicas de Hispano-Colombia”.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

1. [http://www.gutenberg.org/catalog/world/readfile?fk\\_files=112930](http://www.gutenberg.org/catalog/world/readfile?fk_files=112930)

## La biografía de un pobre general español

**Pablo Morillo, general de dos mundos**  
*Gonzalo M. Quintero Saravia*  
Editorial Planeta Colombiana,  
Bogotá, 2005, 640 págs.

La biografía histórica es un género no bien estimado por los profesionales de las ciencias humanas. Es más, creo que sigue siendo una rareza editorial y una difícil decisión académica. De todos modos, algunas discusiones en los decenios de 1980 y 1990 le han ido otorgando alguna legitimidad a un género que parecía condenado a caminar por las márgenes, despreciado por los rigores de la dis-

ciplina histórica y por los cánones de la creación literaria. La reivindicación es más bien reciente; han sido necesarios algunos saludos y elogios de historiadores célebres para que se admitiera la biografía como una alternativa válida en la reconstitución del pasado. Palabras de bienvenida de Georges Duby; ejemplos contundentes de Jacques Le Goff o de Edward Palmer Thompson contribuyeron a que se aceptara, quizá más por evidencia que por convicción, que se puede transitar por el camino biográfico.



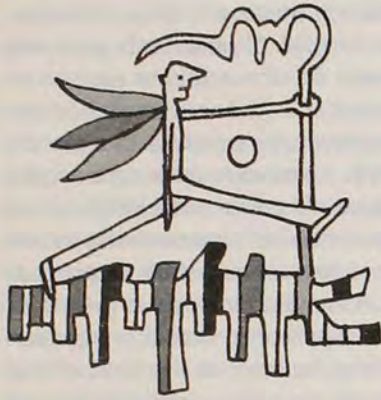
Los detractores, armados de un cientifismo hirsuto, han visto en la escritura biográfica un retroceso, un retorno a una vieja forma de escritura y, peor según ellos, a una vieja y muy conservadora concepción de la historia. Razón no les falta al esgrimir ese temor, pero *sí* les ha faltado malicia para percibir que no se trata de un retorno, a pie juntillas, a los héroes de Carlyle o a los hombres representativos de Emerson. Desde las biografías de Jean-Paul Sartre y las lúcidas precisiones que agregó Fernand Braudel en un debate, la escritura biográfica ha dejado de ser un simple relato concentrado en la parábola de un individuo. La necesidad de reconstruir la vida de un individuo en situación —si nos atenemos a la explicación de Braudel— hizo de la biografía un reto narrativo y epistemológico mucho más arduo e interesante. Al asunto también aportaría Norbert Elias, cuando nos hizo comprender que al individuo, para entenderlo, siempre hay que

verlo en relación. En fin, hoy por hoy la biografía histórica goza de autorización y de autoridades que la han ido legitimando. Por lo menos, en ese sentido, no hay que temer a la hora de decidirse por un ejercicio de escritura biográfica. Ya no es herejía ni heterodoxia, es más bien pereza y miedo. Sí, pereza de ser exhaustivos y miedo al fracaso, dos formas de parálisis intelectual a las que se les rinde culto en ciertas universidades y en algunos departamentos de historia, más precisamente.

Ahora bien, la biografía ofrece retos y peligros para el historiador. Por ejemplo, el reto y el peligro de la escala de observación. No se trata de tener a la vista grandes masas de hechos, largas y silenciosas temporalidades. Se trata, más bien, de concentrarse en una perspectiva que, de por sí, es incompleta y relativa. Una biografía es un punto de vista narrativo y explicativo; impone una abstracción, el descuido o abandono en favor de ciertos énfasis. La zona de documentos puede volverse unilateral, pero también —depende de la ambición y persistencia del historiador— puede ampliarse y terminar por enriquecer aspectos que escapan a la cuenta exacta de la trayectoria vital del fulano o la fulana escogidos como personajes. En todo caso, la conversación con los avances de la microhistoria se vuelve muy necesaria y aleccionadora en el transcurso de la biografía.

Al relato biográfico ya no se le pide la representación de una épica individual, la invención de una heroicidad o de una virtuosidad de la que el personaje biografiado pudo incluso haber carecido drásticamente; no, al relato biográfico se le pide ahora interpretación exhaustiva o, por lo menos, interpretación plausible. Es decir, la biografía histórica no es ejercicio de albacea, de descendiente de un prócer o de simple escritor que ejerce de rodillas. No, el relato biográfico narra y explica, entiende la historicidad del individuo, su relativa capacidad de maniobra y de elección en las circunstancias de su existencia. El in-

dividuo que el biógrafo describe predestinado para la gloria desde los primeros gestos en la cuna, incluso antes, ya no tiene ninguna validez en el ejercicio contemporáneo del relato biográfico.



La biografía que ha escrito Gonzalo M. Quintero Saravia pertenece claramente al tipo contemporáneo de biografía histórica; relaciona sistemáticamente al individuo con los procesos históricos de la época, con los principales procesos en que el personaje estuvo activamente implicado. Es, además, un trabajo laboriosamente documentado que permite entender, y ese debe ser otro de los méritos de cualquier estudio biográfico, los cambios fundamentales en la historia de España, de Europa y de Hispanoamérica entre la segunda mitad del siglo XVIII y las primeras décadas del siglo XIX. El autor recurrió a información de archivos de este y del otro lado del Atlántico para la reconstrucción de la vida del personaje y para la explicación y comprensión de la relación de ese individuo con su época. Es posible que el capítulo dedicado a la presencia de Morillo en América sea el menos generoso en el sustento de fuentes documentales; pero, aun así, estamos ante un trabajo que reivindica las bondades del ejercicio biográfico, está bien escrito y recurre, con pertinencia y con voluntad de análisis, a estadísticas y cuadros que, por ejemplo, ilustran los factores de derrota o de victoria en una batalla, algo que en la biografía de un militar no podía soslayarse.

Pero entremos en detalle: se trata de la biografía del general Pablo Morillo, quien fuera el jefe militar del esfuerzo de reconquista de España sobre sus colonias en Hispanoamérica; el mismo que llegó a infligirle sendas derrotas a los ejércitos de Bolívar, que ocupó Bogotá y orientó una cruenta represión contra la dirigencia neogranadina, a la que encontró enfrascada en disputas intestinas que prefiguraron los conflictos durante el difícil proceso de consolidación de un régimen republicano.

La primera parte de esta obra la constituye el proceso de formación de un militar como Morillo en un periodo de decadencia inexorable del Imperio español. Lo que fue Morillo como militar, con sus defectos y virtudes, se lo debió a las vacilaciones, a la escasez de recursos y a las frecuentes derrotas del ejército de su imperio ante Francia e Inglaterra. Hijo de labradores, nacido en una remota aldea castellana en 1775, el joven Morillo no tendría a sus dieciséis años más alternativas que la de ser labrador como su familia o buscar —aunque parece que el destino militar lo buscó a él— un sitio en el ejército de Carlos IV. El jovencito se enroló en la plenitud del “caos revolucionario” francés y pronto se curtió en la lucha de España contra la Francia revolucionaria. A Morillo le correspondió, por tanto, formarse en una época de malas decisiones militares y de poca voluntad y visión de los gobernantes españoles para constituir un ejército y una armada capaces de intervenir con eficacia ante sus rivales económicos y militares más inmediatos en Europa. A los treinta años, ya era un militar curtido en derrotas, entre ellas quizá la más importante fue la batalla de Trafalgar y, además, ya era hombre viudo y sin empleo. Luego sería la invasión francesa de 1808 la que le agregaría otra marca indeleble en su formación militar y en lo que iba a ser el destino inmediato de España y de sus colonias en América.

El libro de Quintero Saravia permite, en efecto, ver desde otra

orilla narrativa y documental cómo reaccionó España a la invasión napoleónica y cómo incidió ese hecho en la definición de las relaciones del Imperio español con sus antiguas colonias en América. España se sumió en una ardorosa guerra interna contra el intruso francés y para ello debió aceptar una coyuntural y humillante alianza con los ingleses. En esa situación, Pablo Morillo se consolidó como joven y promisorio militar sometido a las órdenes y las buenas recomendaciones del general Wellington. Son precisamente esos antecedentes de buenos servicios, bajo la tutela de superiores militares ingleses, los que sirvieron para confiarle la dirección de la expedición de reconquista de América, a partir de 1815.



Esta parte de la biografía revela algo que el mismo autor no parece justipreciar. Quizá sin proponérselo, Quintero Saravia nos ha mostrado que en la monarquía hispánica del siglo XVIII no todo ascenso en las corporaciones estaba basado en la herencia o en la amistad y que hubo espacio para la meritocracia. Tal como ha sido narrado el ascenso militar del humilde hijo de unos labradores castellanos, los méritos acumulados en los campos de batalla fueron el factor fundamental para adjudicarle a Pablo Morillo la crucial misión de la reconquista de América.

La España que había tenido que acostumbrarse a los fracasos militares desastrosos, a las concesiones ante sus principales rivales en Eu-

ropa, tenía que tratar de recuperar en América el terreno perdido; allí, la autoridad del monarca había sido puesta en duda. Luego de vacilaciones e incertidumbres iniciales, las elites criollas parecían decididas, a pesar de las disensiones internas, a establecer gobiernos basados en otros principios de soberanía. Para España era apremiante “devolver las tierras americanas al redil de la monarquía hispana”. En esta parte de la obra, Quintero Saravia ha querido demostrar que España no envió al militar adecuado o que no había en el momento un hombre con mejores cualidades para afrontar el reto americano. La realidad de las antiguas colonias americanas no exigía solamente las destrezas de un militar, sino a un hombre capaz de combinar las estrategias militares con las argucias de un diplomático a la hora de las transacciones. Según esta biografía, en 1814 Morillo era un abnegado militar y su elección como el jefe de la expedición no sorprendió a nadie, pero a sus 39 años, el humilde hijo de labradores era un guerrero que ignoraba casi completamente la vida social, la que apenas pudo saborear antes de su partida hacia América. Morillo partió con la instrucción de pacificar con el menor derramamiento de sangre, pero ya situado en tierras venezolanas tuvo que reafirmarse en todo lo contrario. Intentó contar con el apoyo de algunos militares en Venezuela, pero pronto tuvo que sentenciar que “nunca más volvería a creer en lo que dijeran labios criollos”. Durante la presencia de Morillo en América, las posiciones españolas se debilitaron y se reafirmó el proceso de independencia; Morillo, a pesar de sus victorias en los campos de batalla, jamás supo consolidar esos triunfos en las negociaciones con Simón Bolívar, quien impuso su impronta de estadista sobre el bisoño Morillo. Cuando abandona América, el 3 de diciembre de 1820, el general español ya sabía —explica Quintero Saravia—, que dejaba a sus tropas condenadas a la derrota.

También puede pensarse que Morillo, “general de dos mundos”, nun-

ca pudo entender qué debía hacer en América; parece que se dedicó a aplicar la misma política de depuración que le había dado frutos en la lucha por la expulsión de los franceses en la península. Pero en esta ocasión esa política resultaba simple e insuficiente. En vez de buscar adhesiones firmes, alimentó resistencias y convicciones entre los criollos para zafarse definitivamente del antiguo lazo de subordinación español. Algo más —expuesto con mucha claridad por el autor de esta obra— permite entender las dificultades inéditas que afrontaría el ejército español trasladado a América: la mayoría de aquellos hombres estaban acostumbrados a defender “su patria”, su terruño, de la invasión francesa y, como dice Quintero Saravia, no estaban muy dispuestos a alejarse de ella para “combatir en una guerra que se les aparecía como ajena”. Estos soldados que actuaban con renuencia y que, además, se les debía y se les iba a seguir debiendo años de sueldo, como sucedió con el mismo Morillo hasta el final de sus días, no podrían garantizar gran cosa en América a favor del imperio en bancarota.

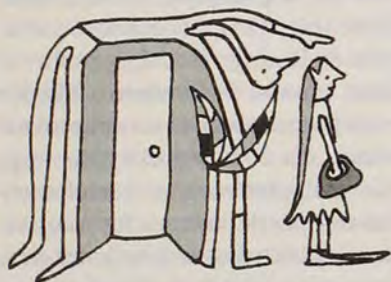


Esta parte de la obra es quizá la más débil en la documentación y la narración; no puede tener la exhaustividad de trabajos prolijos sobre el tema como el de Clément Thibaud, *Repúblicas en armas* (2003). Tiene un atisbo de unilateralidad, es más visible lo que sucede con las tropas españolas y examina menos lo que

cambia en el campo de los soldados del ejército patriota. De todos modos, es útil en la comprensión de los factores del fracaso español y del triunfo del proceso de independencia en América. El gran error español en América fue, quizá, querer regresar, sin matiz alguno, a la situación previa a la invasión francesa de 1808. Y tanto en la península como en el continente americano, aquel año ya había implicado una ruptura que impedía dar marcha atrás. La monarquía no supo acomodarse a la nueva situación y, en consecuencia, no supo controlar un proceso de transición hacia un proyecto político distinto al de la gran familia hispana que ya estaba superado. Vistas las cosas de ese modo, Morillo era apenas una pieza de una maquinaria que ya funcionaba mal. En vez de un propósito puramente militar, la monarquía debió pensar en un grupo de estadistas que se ajustaran a la idea de un mundo hispano en transición. La capacidad de maniobra y, sobre todo, las posibilidades de triunfo de Morillo en América eran, por tanto, muy limitadas.

No sé si el autor de esta biografía nos ha querido mostrar un hombre apocado, casi mediocre. Lo cierto es que el autor nos anticipó que el personaje le había resultado en un comienzo “antipático” y es probable que esa antipatía se haya prolongado hasta el final de la obra. Pero también es probable que se haya concentrado preferiblemente en las circunstancias que fueron avasalladoras para cualquier individuo en aquella época de grandes cambios aquí y allá. Este militar, como otros, vivió y padeció una mutación política simultánea, la de España y la de América. Morillo parece fatalmente rendido o, más exactamente, perdido en la maraña de enormes hechos que escapaban absolutamente de su control. Pero aun así, cualquier reflexión contrafactual podría llevarnos a pensar que aquel individuo hubiese podido al menos trastornar o aplazar ciertos procesos, como el de la emancipación de las colonias americanas. Sin embargo, Morillo quedará representado, al

menos en esta biografía, como un militar abnegado pero rudimentario, indeciso y mal asesorado en asuntos de política. Por momentos, aquello de “general de dos mundos” nos parece un exceso, aunque sea cierto su tránsito fallido por América. El final de su existencia fue lánguido, amparado por la fortuna de su esposa e incomprendido por los monarcas en cuyo nombre combatió. Parece que nunca tuvo suficiente poder, influencia ni olfato para tomar decisiones en momentos cruciales. Terminó, más por sus vacilaciones que por sus convicciones, confundido en las toldas liberales y eso le granjeó la animadversión de Fernando VII. Tuvo que exiliarse en París y tramitar con paciencia su reivindicación; el perdón le llegó por fin en 1830 y eso le permitió vivir una postrera etapa militar en España, hasta su muerte en 1837.



La vida de Morillo retrata las dificultades del que fuera un grandioso imperio para formar un ejército profesional, hijo; el atraso técnico que le impidió a España competir en los mares con Francia y Gran Bretaña; pero también el atraso táctico y estratégico que dobló a la corona española tanto en Europa como en América. España estaba impreparada, a mediados del siglo XVIII, para administrar sus posesiones; por eso la invasión francesa de 1808 simplemente desencadenó un proceso de desmembramiento de los territorios de ultramar y un intenso forcejeo político en la misma península. Además de impreparada, no tenía previsión de la magnitud de la pérdida que se le avecinaba. Uno de los méritos de este libro estriba precisamente en que contribuye a entender que Es-

paña tuvo que hacerle frente, con pocos dispositivos a su alcance, a una situación traumática y definitiva. Para el decenio de 1820, tanto en América como en España podía hablarse de multitudes liberales, de regímenes republicanos, de una sociabilidad política que apelaba a la soberanía del pueblo y apenas si evocaba la ya lejana autoridad de un monarca español. Militares como Morillo terminaron atenazados por una monarquía en quiebra económica y política, y de una vida pública cada vez más liberal. Acostumbrarse al igualitarismo de las gentes en las calles, plazas y cafés debió ser difícil para quien sólo habría admitido pertenecer, muy efímeramente, a las distinciones de una logia, luego a una devota cofradía que organizaba fastuosas procesiones y, sobre todo, a los rigores del ejército.

GILBERTO LOAIZA CANO

## Historias que se entretajan en la biografía del acordeonista

**Mochuelos cantores de los Montes de María la Alta III.**

**Andrés Landero, el clarín de la montaña**

*Numas Armando Gil Olivera*

Editorial Kimpres, Bogotá, 2008, 261 págs., il.

Quizá no haya existido en el Caribe colombiano otro acordeonista con tan mala suerte como Andrés Landero (1931-2000) quien, a pesar de haber sido uno de los músicos más completos de la región, capaz de componer, cantar, improvisar y tocar en el acordeón los principales ritmos caribeños y de encontrarse, cuando se creó el Festival Vallenato, en el apogeo de su carrera, nunca se ganó este concurso, sin duda, el más importante de todos, en su género, en el país. Y lo peor del caso es que

perdió (o lo hicieron perder), de manera humillante, ante contendores que no estaban a su altura, pues ni cantaban ni componían ni poseían, como él, un estilo propio, inconfundible, ni habían alcanzado el reconocimiento internacional por su obra.

Aunque la trayectoria musical de Landero fue una de las más originales e interesantes en el estilo vallenato, el único acordeonista que hacía llorar al acordeón, al que supo aportarle los dejos ancestrales de la música de gaitas de los Montes de María y, pese a que su vida llena de peripecias fue emblemática del carácter y el destino del hombre de las sabanas del Viejo Bolívar, a diferencia de lo ocurrido con reyes vallenatos como Alejandro Durán y Luis Enrique Martínez, acordeoneros como Emiliano Zuleta Baquero y Pacho Rada, compositores como Rafael Escalona y Romualdo Brito, y cantantes como Guillermo Buitrago y Diomedes Díaz, tampoco existía hasta hoy una biografía competente de este destacado juglar del Caribe colombiano durante la segunda mitad del siglo XX.

A llenar este vacío imperdonable viene el libro de Numas Gil, tercero de su tetralogía, *Mochuelos cantores de los Montes de María la Alta*, precedido de la concisa y acertada presentación del periodista Andrés Salcedo y del prólogo pleno de aportaciones personales del filósofo Tomás Vásquez.

El libro se abre con unas reflexiones filosóficas que sirven de marco a la biografía cuya intención central parece ser la de contribuir a la toma de conciencia, por parte del hombre Caribe, del potencial de su cultura para que, así, deje de ser espectáculo pintoresco y asuma, por fin, su autodeterminación. Para Numas el contexto geográfico en el que se sitúan la vida y la obra de Landero, los Montes de María, generador de un particular *ethos* Caribe, no puede eludirse al explorar su producción musical. De allí que en los capítulos siguientes se imponga la recreación del ámbito en el que nace el músico y transcurren su infancia y práctica-